

sabio panegírico que recoja la vibración de su bella y fértil existencia, a nosotros nos toca callar y meditar ante la cámara mortuoria, brillante de luces y de lágrimas.

Ese silencio enmarca una consagración dentro de la cual palpita el severo dolor de Colombia.

(*El Tiempo*, miércoles 19).

EL RECTOR DEL ROSARIO

BREVE SÍNTESIS BIOGRÁFICA DE MONS. CARRASQUILLA.
EL SACERDOTE, EL ORADOR SAGRADO, EL HUMANISTA,
EL AMIGO
SU FÍSICO Y SU ESPÍRITU

Descendía directamente el doctor Carrasquilla de una familia de patricios, y le hizo honor a su sangre consagrando su existencia entera al culto de la patria.

En 1881 el doctor Carrasquilla emprendió sus estudios eclesiásticos en el seminario conciliar de Bogotá, donde se consagró el ya ilustrado e inteligente seminarista a los estudios de filosofía y teología. En 1883 recibió las sagradas órdenes de manos del ilustrísimo señor obispo de Popayán, doctor Carlos Bermúdez. Al año siguiente fue honrado con el cargo de prefecto de estudios del seminario conciliar, y poco después, en 1886, fue elevado a la dignidad de vicerrector del mismo instituto.

Fue en la pequeña iglesia de Egipto, uno de los santuarios más antiguos, tranquilos y risueños de la ciudad de Bogotá, recién erigida en parroquia por ese entonces, en donde el doctor Carrasquilla empezó a ejercer su ministerio como cura de almas (1887-1888).

Allí escribió su célebre monografía «San Agustín, su labor», que fue su primera obra maestra en el campo de las letras sagradas.

Pasó en seguida el doctor Carrasquilla a la parroquia de la catedral de Bogotá (1889-1890), la más alta en jerarquía, la más aristocrática, la que requiere más cultas maneras en el párroco, más dón de gentes, más sabiduría.

En diciembre de 1890 don Carlos Holguín, presidente de la República, nombró rector para suceder a don José Manuel Marroquín, al joven presbítero don Rafael María Carrasquilla. Estaba en la flor de los años, y a la negra investidura talar unía los gloriosos timbres de una familia noble y virtuosísima, el laurel de la ciencia y la literatura y la fama envidiable de la oratoria sagrada.

En 1894 fue nombrado por el señor Caro ministro de Instrucción pública; en 1924 fue expresamente invitado por el gobierno del Perú a la conmemoración del centenario de la batalla de Ayacucho.

Los Pontífices León XIII, Pío X y Benedicto XV le atestiguaron al doctor Carrasquilla su paternal estimación. León XIII le dio muestras de grandísima deferencia, Pío X le honró con una bellísima carta y el alto título de doctor en teología, y Benedicto XV a más de un valiosísimo autógrafo lo elevó en la jerarquía eclesiástica a prelado doméstico de su Santidad.

El doctor Carrasquilla fue ante todo un orador, que hizo rápidamente famosas sus disertaciones en la cátedra sagrada y en las academias. Uno de sus biógrafos divide en cinco partes la tarea oratoria del gran tribuno cristiano: oraciones fúnebres, panegíricos de los santos, oraciones gratulatorias, discursos académicos y conferencias.

Se recuerdan como modelos del primer género sus discursos en la muerte de los arzobispos Paúl y Mosquera, su elegía fúnebre de León XII, el panegírico

de Núñez y el de Pío X, y su discurso sobre Nariño, que es una obra maestra de la literatura patria.

Entre sus discursos académicos son especialmente citados el de la fundación de Bogotá, el de su recepción en la academia y sus elogios del doctor Liborio Zerda y de don José Joaquín Ortiz.

En 1892 fundó monseñor Carrasquilla la cátedra de filosofía y letras del Colegio del Rosario, que fue la obra de su predilección y a la cual consagró casi todos los esfuerzos de la última mitad de su vida.

Uno de sus discípulos, Luis Serrano Blanco, dibujó del doctor Carrasquilla esta rápida silueta, que lo muestra en toda su amplitud física e intelectual y que reproducimos como un homenaje a los dos insignes rosaristas desaparecidos:

«*Su físico*—Todo en él significa reposo, serenidad, unción. Su cuerpo es alto, membrudo, recio. Las líneas del rostro proporcionadas a la estatura. Una cara grande, imponente, que pide la barba patriarcal que adornó el rostro de don Ricardo. Su andar, sin ser lento no es acelerado. Su voz, firme pero no robusta. El flujo de sus palabras es fácil, ordenado y seguro. Guarda siempre la más mesurada compostura. Ni airado y adusto; ni reidor y frívolo. Ejemplarmente metódico por educación, sin ese sistema riguroso que constituye una disciplina martirizante. A las cinco y media, todas las tardes camina inevitablemente a lo largo de la Avenida de la República; ha concluido a esa hora su jornada y se dirige al Bosque; bajo el brazo, un paraguas; en la boca, un pitillo, y vanidosamente, como vanagloriándose de su destino, un rojo pañuelo *rabodegallo* asoma su punta por entre los pliegues de la sotana. En otra ventana de los hábitos, como monja de clausura, vive la caja del rapé; ella también se asomara a la celoísa, pero

teme las burlas de su vecino, el vanidoso pañuelo *rabodegallo*.

Su espíritu—Tan equilibrado, medido e imponente como su cuerpo? Más aún. Es el equilibrio mismo, la serenidad, la grandeza. Si piensa, un *Imperator* de las ideas; apenas hay una que no domine. avasalle y reduzca al centro de su inteligencia. Si discierne y critica, un juez; todo lo pesa, lo analiza, lo valora, hasta formular una decisión muy vecina de la justicia, cuando no la misma justicia. Si habla, un deleitable «causeur», digno de haber frecuentado la tertulia de madame Recamier o de haber alternado con Valera y Campoamor en el mentidero madrileño de Fernando Fe.

El maestro—Lee metafísica en el Colegio del Rosario; teología en el seminario. El aula de filosofía es un amplio salón, de muros en honesta y absoluta desnudez, piso empedrado con ladrillos informes y desavenidos, puertas y ventanas que denuncian el sabor añejo del instituto. Al medio día invade en tropel este recinto más de una centena de muchachos, formando pintoresca bandada.

El taconeo anuncia al maestro, y una tos discreta—como la de ciertas mamás para advertir a los novios su proximidad—confirma su llegada. Milagrosamente sobreviene el silencio. Ni voz, ni mandato, ni gesto, lo imponen. La sola presencia del doctor Carrasquilla lo inspira.

Empieza la clase. El maestro, paseándose a la diagonal del aula, enseñando al compás de los pasos, evoca fielmente la figura del Peripatético. Los escolares, aun los más ligeros y desafectos, penden de sus labios. De él brota la enseñanza con admirable claridad y robusta solidez. Ni un giro confuso, ni un adorno retórico. Periódicamente lleva a la nariz un polvillo de rapé... y continúa. Se le interrumpe, y contesta; se le objeta,

y replica. Termina la hora y el regimiento de adolescentes se aleja; ya no bulle ni grita; ahora piensa, analiza.

El orador—Es el mismo cuando sube al púlpito de la Basílica o a la tribuna profana. Y no se distingue el predicador del laico, porque si aquellas oraciones van destinada a propagar la fe en Dios, éstas propagan las glorias de la patria, y uno y otra orientan sus afectos.

Su figura difunde la unción; su rostro va iluminando el panorama de ideas; éstas van saliendo, en rigurosa ordenación, por medio de claras y fáciles palabras, en un estilo evangélicamente sencillo, en imágenes tan vívidas como sobrias.

Nunca habla para arrebatarse sino para convencer, pero generalmente arrebatarse y convence. Su discernir es tan accesible que todo asunto, aun la más intrincada teología, al pasar por su entendimiento y salir en sus palabras, se trueca en límpida idea, como si el cerebro del doctor Carrasquilla hubiese hecho el papel de filtro maravilloso.

El amigo—Su hablar es ameno y colorido. Como conoce tan a fondo toda ciencia, su decir se convierte siempre en docta enseñanza.

Fluye de sus labios el comentario, siempre certero y atinado, sobre el último suceso político, o sobre la reciente publicación literaria, o sobre la «última hora del cable» en relación con los sucesos extranjeros.

Si se habla de obra buena, no escatima su alabanza; si de mala, su censura. Hablar bien de todo y de todos—dice Antón—es propio de cobardes, de ignorantes o de pillos. Y el buen rector del Rosario, si oye la historia de algún malandrín político o contempla la audacia de un *parvenu*, entra, con cáustica ironía o con amargas frases, a llenar el papel de juez social que cada

ciudadano debe ser respecto a los delincuentes en aquello que el código penal no califica. Nunca rebasa, eso sí, los límites de la cristiana caridad, pero dentro de ellos hay bastante campo para decir lo que se siente, como no lo callaba el Divino Maestro.

La conversación del doctor Carrasquilla es amena e interesante. En ella salta la vieja gracia santafereña que trae oportunamente la anécdota intencionada o el cuento lugareño. Y como sabe al dedillo la historia, ora la nuestra como la extraña, menudea el relato de graciosos sucesos, ajustados al tema.

No conocerle y oírle hablar a la hora de ánimas, con tal placidez y buen humor, cualquiera creería que es a la verdad un canónigo que apenas cantó en ese día los Salmos rituales. Y ese hombre que tan ligero de espíritu se halla, ha discurrido en ese día una hora sobre metafísica, otra sobre teología; ha administrado la pequeña república que es su colegio; escribió un discurso académico; corrigió tres capítulos de un libro; leyó tres diarios; pronunció una plática a los seminaristas; estudió un poco, cumplió sus deberes de prebendado y presenció un bello crepúsculo desde los barrios de San Diego.

—¿A qué horas comienza su jornada, doctor?—le pregunté un día, admirado de la tarea realizada.

—Ya con el sol. Temibles son los hombres que a las cuatro de la mañana están en obra. Como han de terminarla pronto, dedican el tiempo sobrante a hacer mal al prójimo».

Esta es, descrita a breves rasgos por una pluma maestra, la gran figura clásica que ha perdido el país.

(De *El Espectador*).

